

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Más que nunca, la vida se ha refugiado en los grandes hoteles, porque la guerra cerró, no sólo las casas particulares, sino las residencias de embajadores y ministros de las diversas potencias aquí representadas.

Solamente, lo repito, los hoteles están de fiesta. Y más que de fiesta están de enhorabuena. No les hace la competencia nadie.

Han llegado a reconocerse sus ventajas. Una de ellas es que fomentan la sociabilidad, sin peligro de piques. ¿Existe en otras tierras este aspecto de la vida social? ¿Se pica la gente en Europa y América? Lo que es aquí, lo del pique ha llegado a constituir un estado morboso. El hecho de dar un baile, una reunión, un te, en lugar de servir para que se confirmen y estrechen amistades, y se anuden lazos de gratitud, es causa de ganar enemigos e incubar rencores. Nada semejante ocurre en las fiestas de los hoteles. Se entra por dinero, no por invitación, y cada cual se forma allí su círculo, su Peña, sin necesidad de violentar sus aficiones y hábitos, ni de mezclarse con nadie que no le acomode.

Reina libertad absoluta en los hoteles. Van aclimatándose. No falta quien encuentra *shocking* eso de que bailen las señoras y señoritas más distinguidas donde pueden bailar a su lado y rozándose los codos otras que no lo son tanto ni mucho menos, y hasta Dios sabe quién; pero estas susceptibilidades desaparecen ante el natural impulso que incita a la juventud, sea o no *distinguida*, a divertirse, pasarlo bien y alegrar un poco las sombrías perspectivas de este período acongojador...

Es la ley que no puede desacatarse. Unos caen como las hojas y otros se precipitan con ansia para beber su sorbo de la copa de la vida. Cuando se discute, sin acertar a definirlo, cuál será la fuerza que haga renacer a los pueblos moribundos después del cataclismo, yo entiendo que el amor. Y por el amor existe la sociedad, la culta alegría de los festejos, la elegancia de las costumbres, la hermosura de la mujer. Que sea para girar en la eurtimia de los valsos nacidos al margen del Danubio azul, o para estrecharse en el balanceo sugestivo de los tangos y *pasos y trotes* de alimañas fieras, creed que el maestro de todo baile es el amor, y él reparará las pérdidas que la humanidad acaba de sufrir y seguirá, por las trazas, sufriendo, sea por el habitual procedimiento conyugal, monogámico, sea por el que hoy preconizan, y que es posible, tantas sorpresas se nos reservan, que llegue a arraigar, al menos en el país de la Biblia, de donde procede ahora: la poligamia, único remedio a la escasez de varones, que amenaza superar a la de carbón, cobre y otras mercancías.

Día llegará en que se otorguen premios a los varones que unan su suerte a la de diez hembras lo menos, y rijan en paz su serrallo, y puedan ofrecer a la patria despoblada un contingente como diz que le ofreció el famoso D. Lope de Salazar, que llevó a reñida batalla, en torno suyo, a noventa hijos, «todos habidos en docellas muy honradas», dice la crónica.

Va arraigando el convencimiento de que, para que el Centenario saliese deslucido, mejor fué aplazarlo indefinidamente. Deslucido tenía que salir. No estaba madurado por el tiempo, ni fortalecido por la preparación, ni incubado en los senos profundos de la conciencia nacional. No nos amamos a nosotros mismos lo bastante para amar a nuestra gran literatura, que por cierto no se reduce al *Quijote*. La cadena de oro tiene muchísimos más eslabones. No saltamos ninguno.

Con motivo del aplazamiento indefinido, que es como decir «ad Kalendas graecas», muchos periódicos compadecen a Cervantes, y le dan el pésame, y hablan de que la desdicha le persigue más allá de los siglos. Yo creo que, a pesar de todo, a Cervan-

tes, actualmente, no debe compadecerse, en este ideal terreno de la fama póstuma. Me inclino fervorosamente ante el *Quijote*; lo guardaría en el mismo cofre de oro, o de lo que fuese, en que diz que Alejandro guardaba los poemas de Homero; y sin embargo, no encuentro enteramente justo que por Cervantes se olvide a los demás culminantes escritores y poetas que enriquecieron el habla castellana. Puede en Inglaterra descollar exclusivamente Shakespeare, porque, como sabemos, Taine escogió la literatura inglesa para historiarla, después de haberse asustado ante el número de figuras sobresalientes que presentaba la española, y que dificultaban la tarea de reducirlas solamente a las más significativas, prescindiendo de las restantes.

Y en efecto: cuando en otras naciones apenas balbuceaba la literatura, rudimentariamente (hago excepción con Italia, donde apenas existió Edad Media propiamente dicha), tuvimos nosotros nuestra rica cosecha de cantares de gesta (lo colectivo, en nosotros, valió entonces tanto como lo individual) y nuestro Berceo, con su temprana intuición de la naturaleza y del paisaje, y nuestro Alfonso el Sabio, poeta del alma y de la fe, y nuestro Arcipreste de Hita que fué un tesoro de sales y de moralejas sabrosas, y nuestro Jorge Manrique, recogiendo en una sola e intensa elegía todo el sentido de la vida, todo lo pasajero de las glorias y luchas y aspiraciones del hombre, encerrando en breve copa la amargura del destino. Y tuvimos el *Amadís*, que según las más fundadas probabilidades es obra de autor español (¿tal vez autora?), un ideal que ha inspirado a la Edad Media y siguió inspirando aisladamente bajo el Renacimiento a muchos corazones; el *Amadís*, sin el cual ¿quién sabe si el *Quijote* se hubiera escrito? Y luego, el rico y centelleante tesoro del Romancero, comparado por Schlégel con la *Ilíada*, y la Celestina, por la cual nos hembreamos con el Romeo y Julieta de Shakespeare. Y desfilan en nuestras letras las curiosas y genuinas fisonomías de los pícaros, que inspiraran a Cervantes también: Lazarrillo, Guzmán de Alfarache, Justina, parientes tan cercanos de Rinconete y Cortadillo, Monipodio y la señora Pipota... No hay diques para el río caudaloso que viene en pos, el Teatro, ni cauces para el desbordamiento del torrente de fuego de la mística. Si ponemos en parangón a Cervantes con Santa Teresa, sería muy difícil establecer la superioridad del Manco, cual lo es definir en qué consiste su hechizo especial. En cuanto a la pureza del habla, se me figura que le aventaja la monja avilesa. No heyl lenguaje más castizo y al mismo tiempo más natural y sencillo que el de la Santa Madre. Y dejo para quien la haya estudiado a fondo los primores de su doctrina y las honduras de su psicología iluminada.

Así, no puedo menos de insistir en que Cervantes no es el único ni quizás el mayor de los escritores españoles, aunque la aserción escandalice. Será si acaso un sol, al cual otros soles acompañan.

La luz de Cervantes no puede eclipsar a la de Santa Teresa ni a la de Lope, Calderón y Tirso. Y es que España, en cada período y aspecto de su vida interna, ardiente, produjo los modelos que estaban en armonía con las ocasiones. El Romancero, también diversísimo, responde a corrientes nacionales, y otras no menos entrañadas se reflejan en la mística. Lo pintoresco, español es; español el escatológico y amoroso *Buscón*, de Quevedo, y español, aunque venga del Norte, el *Amadís*, y español Alonso Quijano el Bueno, el Ingenioso Hidalgo. Acaso el acierto principal de Cervantes, que tantos tuvo en el *Quijote*, fué reunir en un solo libro a los buscones, mozos de muchos amos, hampones, pícaros y galeotes, y a los andantes caballeros, esforzados y virtuosos, amparadores del débil y enderezadores de entuertos. Y todos cupieron, cada cual en su sitio y punto, dentro del libro inmortal.

Si renace el Centenario de sus cenizas, cuando se haya sosegado la descomunal pendencia de las naciones, bien pudiéramos englobar en el homenaje a los más gloriosos de nuestros literatos y poetas, realizando así un acto de justicia. Y me dirán: ¿sobre que no podemos con Cervantes solo, y vamos a poder con tal pléyade sagrada? El caso es que aquí no se puede alzar en peso la libra, y se alza la arroba. Cómo sucede, no lo sé. España es algo al modo que decía Turguenev que era la santa Rusia: no se la podía comprender, y había que amarla.

Suprimido el Centenario, la primavera se deslizará sin más emociones que las que nos preparan, en lo interior, el período electoral, y en lo exterior, la eterna e intolerable guerra. Algo fluirá en lo interior también, porque la carestía de las subsistencias y la falta de artículos indispensables para el consumo nos recuerdan a cada momento que hay algo que nos amenaza y cohibe también a nosotros.

Pedis en un comercio cualquier fruslería, de las que jamás se os ha ocurrido pensar de dónde se traen, y responden que no existe: venía de Alemania, venía de Inglaterra, venía de Bélgica... Los accesorios de automóvil son un mito. Visto está que aquí se fabricaba bien poco, y éramos más tributarios de lo que suponíamos los que no entendemos de estas cosas.

Al mismo tiempo conviene decir que en España, en medio de tanta modorra, algunos síntomas se aprecian de actividad y resurgimiento. Desarrollanse industrias, en especial del género artístico, que podrán constituir fuentes de riqueza. De algunas he hablado ya; de otras hablaré pronto, cuando gire una visita a talleres que en Madrid debieran constituir una atracción para los turistas, que acabarán por convencerse de que vale más adquirir un mueble, una pieza de plata o un hierro forjado moderno, pero fiel y bella reproducción de los modelos antiguos, sabiendo lo que se compra, que pagar las setenas por el mismo mueble o hierro, creyendo cándidamente que es antiguo auténtico, y fiándose en el orín, la polilla y otras tretas y supercherías que sirven de engañabobos.

La moda de los trajes militares en las señoras está siendo tema muy explotado por los cronistas. Si vale decir verdad, mi asombro no es que sean de moda las hechuras militares, sino que exista moda aún. Increíble parece que haya humor para poner de moda algo; pero la humanidad es vivaz y ha menester ilusión, y la mujer no renuncia a realzar su belleza con caprichosas formas y adornos, desde muchos años ha, por los sucesos contemporáneos.

Así, bajo María Antonieta, se llevaron los peinados «a la belle poule» y a «la mongolfiera»; en los tiempos más crudos de la Revolución, el peinado y tocado a la *Diosa de la Libertad*; bajo el romanticismo, los cabellos en lánguidos tirabuzones. Bajo la Emperatriz Eugenia se propagaron las cadenas Benoiton y los lazos canal de Suez; y, más tarde, poco antes de la guerra que dió al traste con el Imperio y ensombreció por tanto tiempo el horizonte de Francia, se llevó con furor el «color Bismarck» que era como un tabaco claro, encendido... Y fué la propia Francia la que rindió este homenaje de simpatía al terrible enemigo que meditaba su pérdida; y llegó la moda a todos los países civilizados, y España la acató, y las que entonces éramos casi niñas nos adornamos con bieses de glase color Bismarck, en trajes de *gro negro*...

Y no es mucho que ahora, en el desate de la fuerza y de la vida belicosa, la moda tenaz imponga a la mujer colores, telas y guarniciones que recuerdan los uniformes de los beligerantes. Más extraño es que todavía se sigan llevando los innobles sombreros calados hasta la nariz que de tal modo afean a la mujer, sobre todo si tiene la cara redonda y algo abultada. Entre otros, tienen estas coberteras el inconveniente de dar calor a la cabeza, tapando la frente; y la expresión de atontamiento y fatiga que se nota en muchas damas acaso no reconozca otro origen.

El sombrero es campo abierto a la extravagancia y al mal gusto, desde hará unos diez años. Hubo un momento en que fué bonito y racional. Descubría la cara, aureolaba la cabeza; daba airosa línea, con sus plumas colocadas alrededor, no despegadas ni volanderas como el plumaje de asustada gallina o gallo colérico... Las flores que adornaban los sombreros de entonces eran flores bonitas de graciosa forma; pero hoy se ven rosas de badana, lilas de briche, claveles de paño y apretados grupos de limones, guarneciendo esta especie de cacerolas y empadillas que se ponen en la cabeza las elegantes... Y abundan las toquitas flanqueadas de orejas de jumento... o cosa que parece tal.

Para llegar al límite de lo estrambótico, diré que he visto también, en un figurín de sombreros exclusivamente, una toca guarnecida con ranas verdes, que ignoro de qué materia estarán hechas, y otra en que campea una lagartija artísticamente enroscada alrededor de la copa...

Y pidamos a Dios que no se les ocurra a los dictadores del ornato sombreril llegar hasta el erizo, el caimán, la tortuga y la langosta...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.